

Zevilla. Capítulo 2.

José Ángel Rodríguez Paredes

Image not found.

Capítulo 1

II

15 de Marzo

Anoche pedaleé hasta bien entrada la noche, (aunque realmente ya no existan los horarios, intento tener una rutina lo más cercana a la realidad) la mayoría de las baterías se habían desgastado. Normalmente con una buena sesión de pedaleo es suficiente para aguantar al menos durante tres días.

Ahora mismo son las 9:00 de la mañana y acabo de terminar de desayunar, afortunadamente aún conservo café desde la última vez que salí al exterior y tampoco es un problema echar un cigarrillo, ya que tengo un cajón entero con mi tabaco de liar favorito, pero hoy tengo trabajo por hacer, toca salir al exterior.

El cielo avecina tormenta y debo fortificar las empalizadas de ambos lados de la calle, es un auténtico coñazo, cada vez que llueve los palets se deterioran más y más... sinceramente prefiero reforzarlos antes de la lluvia, es mucho más engorroso trabajar hasta arriba de mierda que hacerlo aún seco.

Siempre que salgo llevo conmigo una cámara onboard sobre mi casco. Los motivos son claros, el casco el cual equipé además con dos pequeños espejos de maquillaje a ambos lados a modo de retrovisores, me brinda la seguridad necesaria (aunque me dan un aspecto más bien ridículo, parezco una hormiga con dos antenas) y la cámara son mis ojos cuando llego a casa, me permiten revisar lo que no soy capaz de advertir cuando estoy centrado en sobrevivir: un posible fallo en las defensas, algún lugar aprovechable que haya pasado por alto o algún indicio de civilización oculta entre tanta podredumbre. Ciertamente, me gustaría poder hablar con alguien más que conmigo mismo.

La salida va a ser rápida, no debería de conllevar problemas. Recorrer los tejados hasta la plaza del ayuntamiento, encender la megafonía del consistorio con la misma playlist de siempre: dos horas ininterrumpidas con sonido de tránsito de gente, el sonido de la calle en condiciones normales, autobuses arrancando, coches en atascos, músicos cantando en la calle, alguna cofradía haciendo estación de penitencia... no falla, suficiente para atraer a los "gilis" hacia la plaza principal y poder hacer mis tareas, cero riesgos. Hora de ponerse en acción.

La luz roja de la cámara onboard indicaba que la grabación estaba en curso. Él tomó el caso entre sus manos y lo colocó sobre su cabeza, abrochando el seguro. Tras ello cogió su mochila cargada con herramientas y la ciñó a su espalda. Alargó la mano derecha para tomar una maza de construcción que había sustraído de una obra cercana, no era su arma favorita pues tendía a que sus movimientos fuesen lentos y además acusaba de la inercia de cada golpe, lo que le hacía vulnerable en espacios relativamente angostos, sin embargo hoy cumpliría una doble misión, proporcionar seguridad y ayudarlo en las tareas de reparación.

Se encaminó decidido y subió por la escalera de mano que daba a la parte superior de la terraza. Aquella parte era más bien una cubierta transitable con suelo de guijarros que daba a otras cubiertas del mismo estilo. Lo que en condiciones normales hubiese sido un trayecto inferior a diez minutos le iba a llevar al menos veinte, era normal ir con cuidado por aquellos tejados y sobre todo en las placas de metal que había tenido que ir colocando poco a poco para salvar las calles entre tejado y tejado y no tener que bajar al pie de la misma. De ese modo no tenía que pisar la calle en ningún momento, podía ir caminando por encima, pero por pasarelas ciertamente peligrosas.

Pronto llegó a la primera pasarela, sobre un estrecho callejón que daba a los tejados de un hotel, miró hacia abajo, la calle estaba extrañamente desierta, ni rastro de aquellos seres. Se encaramó sobre las placas de uralita que hacían de cobertizo sobre la terraza del hotel mientras un par de seres en avanzado estado de descomposición lo miraban curiosos, balbuceando y extendiendo las manos hacia él. Los dejó atrás sin prestarles demasiada atención y subió por las tejas llenas de verdina del tejado a dos aguas del edificio adosado al hotel. Salvó un par de edificios más antes de llegar a calle Cerrajería.

Echó un vistazo, desierta. Cruzando la pasarela se escucharon algunos crujidos metálicos, algo que hizo que acelerase el paso. Una vez en la siguiente manzana no tuvo problemas para sortear los tejados y llegar al siguiente callejón. Reinaba un silencio sepulcral en la calle, no era normal aquella situación, se tumbó sobre el último cobertizo y asomó la cabeza a calle Sierpes (siempre había temido las alturas y la sensación de mirar hacia debajo de pie con una caída de treinta metros no le agradaba lo más mínimo). No había un "alma", aquello lo extrañó, era imposible, esa calle siempre estaba atestada de indeseables, no podía ser que no hubiese ninguno en doscientos metros a la redonda. Se levantó, tomó carrerilla y prácticamente cerrando los ojos saltó el estrecho callejón que lo separaba de la siguiente manzana, una distancia fácilmente salvable de dos metros y poco.

Aceleró hasta llegar a calle Sagasta, sin perder de vista la calle principal, no había nada, nadie, desierta, su corazón comenzó a acelerarse cual caballo de carreras tras el "Grand National" y atravesó la pasarela de

cuatro grandes zancadas. A mitad de manzana tropezó con un trozo de tela asfáltica levantada y cayó de bruces contra la superficie rugosa. Se levantó como si llevase un resorte instalado en las piernas, maldiciendo su torpeza, sin reparar en la brecha que se había provocado en la barbilla y que chorreaba un pequeño hilo de sangre por su espesa barba.

Lo que vio en la explanada del ayuntamiento, antaño Plaza de San Francisco le heló la sangre y lo dejó petrificado por completo. Era una figura menuda, con un pasamontañas de color negro, capucha sobre la cabeza, empuñaba una palanca a dos manos y en un santiamén había reventado un par de cráneos, pero no era suficiente, centenares de errantes le comían terreno a cada instante, cortándole el paso en cada dirección.

-EEEEEEEEH!!!! LA ESTATUA DE CERVANTES! EEEEEEEEEH! – Consiguió exclamar a duras penas.

La figura lo observó desde la lejanía y reparó gracias a los gestos de aquel extraño en la efigie del más célebre autor español, que el pueblo de Sevilla había erigido en su honor, y que se erigía cercana a la calle Entrecárceles, a escasos sesenta metros desde donde se encontraba. El homenaje tenía un pedestal que no sería difícil escalar, unos dos metros de altura sobre el suelo, si alcanzaba a llegar le proporcionaría tiempo extra.

Él aún observaba patidifuso, cuando la pequeña figura clavó nuevamente la palanca sobre otra cabeza muerta, pero el arma se atascó. Sin nostalgia la abandonó y zigzagueó hábilmente a un par de caminantes, embistió a un par de ellos, pateó en el pecho a otro... Maravillado ante tal dechado de habilidad para zafarse de podridos observaba como aquella persona alcanzaba el monumento y lo escalaba poniéndose momentáneamente a salvo y se quedaba observándolo desde abajo.

-Ahora te toca a ti. – Dijo una voz aguda, mientras apartaba una máscara de protección dejando al descubierto el bello rostro de una joven.